



Categoría: Investigación aplicada en salud y medicina

ARTICULO DE CONFERENCIA

Oral history sessions at the Centro de Textiles del Mundo Maya: making the voice of the weavers present in cultural narratives

Sesiones de historia oral en el Centro de Textiles del Mundo Maya: hacer presente la voz de las tejedoras en las narrativas culturales

Brenda Cecilia Ojinaga Zapata ¹

¹ Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Citar como: Ojinaga Zapata BC. Oral history sessions at the Centro de Textiles del Mundo Maya: making the voice of the weavers present in cultural narratives. SCT Proceedings in Interdisciplinary Insights and Innovations. 2024;2: 145. <https://doi.org/10.56294/piii2024.145>.

Recibido: 10-08-2024

Revisado: 23-10-2024

Aceptado: 27-12-2024

Publicado: 29-12-2024

Editor: Emanuel Maldonado 

ABSTRACT

Traditional textiles have been a fundamental tool for the construction of the collective memory of some weaving communities. However, when studying the textile collections of the Mayan World Textile Center, located in the Chiapas Highlands, Mexico, I was confronted, over several years, with the omission of the stories and voices of their creators, who were called again and again: “anonymous author”, so that among the threads and weaves of the textiles, there are stories that often remain hidden.

This Textile Center, which is constantly recognized as a “living center” bearer of a “living art”, discursively appeals to differentiate itself from the ethnographic and anthropological content with which textiles have historically been studied, as well as to point out the incorporation of the weavers into these spaces, who work as room custodians or give weaving demonstrations for the public, and on a few occasions, have taken the space to tell their stories about textiles in oral history sessions.

This paper presents some reflections on the importance of orality as a source of knowledge in textile art museums as a means of moving towards a more complete knowledge, which takes the voices and stories of women creators as a starting point. I propose that knowing the testimony of the weavers is fundamental for the work of collective memory and the construction of narratives that are not only more complete, but also fairer.

Keywords: narratives, collective memory; weavers; textile art; testimonies.

RESUMEN

Los tejidos tradicionales han sido una herramienta primordial para la construcción de la memoria colectiva de algunas comunidades de tejedoras, sin embargo, al estudiar los acervos de textiles del Centro de Textiles del Mundo Maya, ubicado en los Altos de Chiapas, México, me enfrenté, durante

varios años, a la omisión de las historias y voces de sus creadoras quienes eran llamadas una y otra vez: “autor anónimo”, por lo que entre los hilos y las tramas de los textiles, se encuentran historias que muchas veces permanecen ocultas.

Este Centro Textil, que constantemente se reconoce asimismo como un “centro vivo” portador de un “arte vivo”, apela discursivamente a diferenciarse del contenido etnográfico y antropológico con el que históricamente se han estudiado los tejidos, así como a señalar la incorporación de las tejedoras a estos espacios, quienes trabajan como custodias de sala o hacen demostraciones de tejido para el público, y en pocas ocasiones, han tomado el espacio para contar sus relatos sobre los textiles en sesiones de historia oral.

Esta ponencia expone algunas reflexiones en torno a la importancia de la oralidad como fuente de conocimiento en los museos de arte textil como medio para avanzar hacia un conocimiento más completo, que tome como punto de partida las voces e historias de las mujeres creadoras. Propongo que conocer el testimonio de las tejedoras, es fundamental para el trabajo de la memoria colectiva y la construcción de narrativas no sólo más completas, sino más justas.

Palabras clave: narrativas; memoria colectiva; tejedoras; arte textil; testimonios.

A continuación, quisiera comentar algunas de las inquietudes que han marcado mi desarrollo académico y profesional, el cual se ha centrado en el estudio del tejido tradicional en diversos pueblos originarios de América Latina a partir del registro de las historias e identidades de las mujeres tejedoras.

Fue en 2011, cuando al ser estudiante de Historia del Arte en esta universidad, realicé mi servicio social en el Museo Textil de Oaxaca, lo que me permitió entrar en contacto con el mundo del arte textil al trabajar con tejedoras zapotecas de la comunidad de Santo Tomás Jalieza. Desde entonces, he tenido la oportunidad de conocer con profundidad, tanto colecciones de arte textil, como a sus creadoras.

Sin embargo, al estudiar estos acervos me he enfrentado a la omisión de las historias y voces de sus creadoras, constantemente me pregunto cuántas veces “autor desconocido”, o “anónimo”, ha sido una mujer. Entre los hilos y las tramas de los textiles, se encuentran historias que muchas veces permanecen ocultas, por lo que me gustaría tomar este espacio para visibilizar algunas de las experiencias que me han llevado a pensar en los retos educativos que tenemos quienes formamos partes de las instituciones culturales para avanzar hacia un conocimiento más completo, que sobrepase la mera descripción de piezas y que tome como punto de partida las voces silenciadas. El testimonio de las tejedoras, es fundamental para el trabajo de la memoria colectiva y la construcción de narrativas no sólo más completas, sino más justas.

En 2012, me integré al Centro de Textiles del Mundo Maya como Coordinadora de Investigación. Este recinto, en donde colaboré por 5 años, se ubica en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

El Centro Textil, que no se define como museo, ni como galería, constantemente se reconoce asimismo como un “centro vivo” portador de un “arte vivo”, pero, ¿Esto qué significa?, ¿Es una contraposición a un arte inerte o carente de vigencia? Con el tiempo, me pareció que este discurso apela a dos cosas. La primera, es que es un modo de diferenciarse del contenido etnográfico y antropológico con el que históricamente se han estudiado los tejidos, y la segunda, es que hace referencia a la incorporación de

las tejedoras a estos espacios, quienes eran custodias de sala, o hacían demostración del tejido en telar de cintura para el público que recorría los pasillos del lugar.

Al formar parte de un equipo de trabajo intercultural, fue que trabaje de manera cercana con tejedoras y bordadoras. Tras la inauguración del Centro, una de mis principales labores era actualizar el registro de las colecciones textiles. Mi falta de experiencia me dificultaba la descripción profunda de los tejidos, por lo que pasaba la mayor parte del tiempo revisando el acervo de libros. Al pasar hacia la Bodega de Conservación, saludaba a Eustaquia Ruiz Gómez, quien era custodia de sala. Aunque sabía que ella era tejedora, mi reacción inicial no fue consultarla a ella, sino buscar en los libros algo de información sobre los tejidos mayas.

Fue con el paso del tiempo que invite a Eustaquia a apoyarme en el acomodo de los textiles, y fue ahí que se me abrió un mundo de historias y relatos, que difícilmente se encuentran en un catálogo.

Con nuestras pláticas, supe que Eustaquia nació a finales de los años 70s en una familia de tejedoras, en el paraje de Oventic, en San Andrés Larrainzar, pero que llevaba más de una década viviendo en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. Supe que formó parte del movimiento zapatista siendo adolescente, y que su única hija, de nombre Leticia, tejía y hablaba el tsotsil a pesar de no haber crecido en la comunidad. Con tan sólo observar las piezas, Eustaquia me explicaba si sus hilos fueron teñidos con tintes naturales o industriales, si los diseños se formaron con trama suplementaria o con bordado. Me enseñó a distinguir el algodón hilado a mano de los hilos sintéticos, los nombres en tsotsil de los tejidos, y a montar de forma correcta los trajes en los maniqués. Asimismo, me contaba historias de los tejidos antiguos que veíamos y que ella conoció siendo niña.

Recuerdo un día en el que recibimos un huipil ceremonial de su comunidad, ganador del premio FONART 2013. Al momento de hacer el registro fotográfico, Eustaquia, quien ha sido ganadora de este premio, lo miro y dijo: “Ah, ese es de Andrea”. Al revisar la ficha, en efecto, la autora era la tejedora Andrea Teratol Nuñez. Al preguntarle cómo supo quién lo tejó con tan sólo verlo, me dijo que entre ellas saben cómo trabaja cada una.

Fueron experiencias como estas, con las que comencé a cuestionarme mis ideas preexistentes en torno al arte popular, como que es un arte anónimo que no nos permite conocer la identidad de sus creadoras, cuando en realidad lo hacen mujeres con nombre y apellido, de lugares específicos, con características culturales y de género bien definidas.

Para Eustaquia, los tejidos son documentos cuyos códigos lee en un idioma que desde niña aprendió mientras jugaba con el telar de su madre, o miraba a su abuela tejer. Entre sus manos, corren hilos y formas que crean un lenguaje que por siglos las tejedoras han utilizado para contar una profunda historia femenina.

Conforme crecía el Centro, Eustaquia se convirtió en maestra, impartiendo clases de tejido en telar de cintura. Sus alumnas, en su mayoría mujeres, compartían que al tener la experiencia de trabajar directamente con la tejedora y experimentar la dificultad del tejer en telar, apreciaban los textiles de

una manera distinta a como lo hacían al observar las piezas en las vitrinas, pues era a través de la presencia de Eustaquia que el tejido se convertía en un arte vivo.

Hace un par de meses, tuve la oportunidad de entrevistarla acerca de su trabajo. Durante nuestra plática, me compartió que cuando supo que se inauguraría el centro textil, no creyó que la quisieran contratar porque no tiene estudios. Le pregunté si consideraba que como tejedora tenía un conocimiento que, aunque distinto al académico, era por demás valioso, a lo que me respondió:

“De hecho, sí, porque nosotras somos las que producimos el textil, no es porque estamos así en la teoría como ustedes, sino que realmente nosotras trabajamos de eso, y es el conocimiento que tenemos como artesanas, y es real lo que vamos diciendo y lo que sabemos, por qué no sólo lo hemos visto, sabemos cómo está hecho. El telar para mí es un arte donde vivimos, es nuestro trabajo desde chiquitas hasta ahorita también”.

Otra de mis compañeras de trabajo, fue Anastasia Gómez González, quien es originaria de Bochojbo Alto, un paraje de la comunidad tsotsil de Zinacantán. Desde hace más de 4 años, es la Coordinadora del área de Capacitación a Artesanas. Además de ser tejedora, es al día de hoy la única mujer de su paraje que ha ido a la universidad, siendo licenciada en educación en el inglés, habla de manera fluida el tsotsil, el español y el inglés.

Entre las múltiples actividades que Ana desarrolla en el centro, es la traductora e intérprete del recinto. Juntas, fuimos a diversas fiestas de comunidades y a entrevistar artesanas. Al compartir con ellas diversos códigos identitarios como el idioma y el trabajo en telar, Ana se ha convertido en un puente de comunicación entre tejedoras e institución, pues puede dialogar de un modo distinto al que lo hace el investigador. Según sus palabras: “Las tejedoras me tienen más confianza porque hablamos el mismo idioma, y nos entendemos muy bien”.

Entre las reflexiones compartidas con ella, coincidíamos con la ausencia de las tejedoras en el estudio y educación respecto al arte textil. Uno de los espacios generados desde el centro para hacer frente a esta ausencia, fueron las sesiones de historia oral, las cuales tenían como objetivo, escuchar desde la voz de las creadoras diversas historias en torno al textil.

En noviembre de 2015, se invitó a tejedoras de Zinacantán, a platicar sobre el huipil emplumado, tradición que se remonta a la época prehispánica y que es el único tejido, en los Altos de Chiapas, que incorpora el arte plumario.

Durante la sesión, cada mujer platicó, en tsotsil, su experiencia tejiendo el huipil emplumado, mientras que Ana traducía. Fue en la participación del público, que un asistente mencionó que era bien sabido que, al tejer, se utilizaban plumas de gallina como simbolismo del rol asignado a las mujeres por la comunidad, pues ellas eran como aves de corral, domesticadas y sin poder volar, comentario que al ser traducido por Ana provocó las risas de las tejedoras quienes dijeron que nunca habían escuchado esa historia y que era falsa.

Para mi sorpresa, han sido diversas las fuentes escritas en donde he encontrado esta interpretación, desde libros y blogs hasta catálogos de exposiciones, siendo la fuente original el libro “El huipil emplumado” de Ricardo Martínez Hernández publicado en 1990.

Recientemente recordamos esta historia, durante la última plática que tuvimos Ana y yo, en mayo de este año. Ella me comentó que le gustaría escribir un libro porque, según sus palabras “muchos antropólogos, o investigadores no han sabido plantear las preguntas, le dicen a la tejedora “¿Haces esto?” y ella dice que si por qué no habla su idioma, solo lo dice para que no le pregunten más. He leído varios libros de textil, y hay muchos en los que no estoy de acuerdo, digo “esto es mentira” porque cuando entrevisto a una tejedora, no sólo me dice, “sí o no”, sino que habla de toda su vida, de cómo nació, como creció, entonces tenemos la libertad de entendernos, sobre eso me gustaría escribir, eso me gustaría hacer, porque hay mucho por decir”.

Las palabras de Ana me resonaron de manera profunda. En ellas, confirmaba el reto de los gestores culturales e instituciones frente a la necesidad generar preguntas que permitan que acontezcan narrativas más incluyentes y completas. Asimismo, pienso que, al hablar de despojo cultural, es pertinente reflexionar que, por siglos, también se ha despojado a los pueblos de la posibilidad de narrarse a sí mismos.

Por 5 años tuve el privilegio de trabajar con estas mujeres, y fue de ellas de quienes aprendí la importancia de escuchar y atestiguar otras voces, de valorar distintas formas de conocimiento y aprendizaje, y de reconocer que no todas las historias han tenido los mismos espacios para existir.

En cuanto al concepto de centro textil como espacio cultural y educativo, esta idea surgió en Perú, cuando desde finales de los años 70s un grupo de mujeres quechuas, pertenecientes a la comunidad de Chinchero, en Cusco, se juntaron a tejer buscando un ingreso económico para ellas y sus familias. Este grupo fue apoyado por organizaciones estadounidenses, creando una ONG que en 1996 tomó forma oficial al fundarse el Centro de Textiles Tradicionales del Cusco, creando un museo y una tienda de textiles.

En adelante, sus objetivos serán la aplicación de métodos de enseñanza a las personas que no saben tejer, así como educar a las tejedoras en procedimientos de venta y comercialización, y en la evaluación de calidad de productos.

Conocí esta historia cuando la tejedora Nilda Callañaupa Álvarez, directora de este Centro Textil, participó en el 2° Encuentro de los Grandes Maestros del Arte Popular de Iberoamérica. Al escucharla, me entusiasmó pensar que la incorporación de la tejedora no sólo como creadora, sino como gestora y directora, ya había ocurrido tiempo atrás.

En septiembre del año pasado, tuve la oportunidad de conocer este espacio y de entrevistar a Nilda, a quien le pregunté su opinión, respecto a la relación de las tejedoras con los museos o instituciones culturales. Para Nilda, quien ya casi no teje, la ausencia de la voz de la tejedora se debe a una falta de acceso: “la tejedora de la comunidad no va a escribir un artículo, no va a ir horas a hablar porque esta tan lejos, entonces quién llega a esos lugares para hablar, es un antropólogo, un estudiante. Hay

escritoras, periodistas, que debe hacer ese trabajo mientras la tejedora va a dedicar más tiempo a producir su ropa, a mantener su familia, su tradición, su mundo”.

Tras su repuesta, me pareció que Nilda devolvió la responsabilidad a los investigadores de abrir espacios en donde se escuchen estas voces. Asimismo, me resultó interesante que ella misma es autora de 2 libros, en los que narra cómo sus fuentes principales de conocimiento son ellas mismas, pues al iniciar a tejer apelaron a su historia más cercana, entrevistando a las tejedoras más ancianas, viendo fotografías, y buscando tejidos antiguos entre sus familiares. Como labor de rescate retomaron el hilado a mano y el uso de tintes naturales, los cuales ya habían prácticamente desaparecido, y comenzaron el tejido de piezas que con el tiempo se habían dejado de elaborar.

Otro de los proyectos que comenzaron a mediados de los años noventa, fue el trabajo con niños, estableciendo un grupo denominado “Club de Jakimas”, teniendo como principal objetivo que los más jóvenes aprendieran a tejer. Por casi dos décadas han enseñado a los niños de la comunidad como planificar los diseños y elaborar tejidos. Asimismo, conforme iban creciendo los jóvenes, ellos mismos, se convertían en maestros de nuevas generaciones. Es así, que esta asociación de tejedoras vio en la memoria colectiva un modo de aprendizaje y de conservación del arte textil para futuras generaciones, logrando con los años un alcance no sólo a nivel local y comunitario, sino que han traspasado fronteras y culturas, fomentando la apreciación y valoración del arte textil tradicional a nivel internacional.

CONCLUSIONES

Para concluir, considero que en la época de la interculturalidad en los museos, es importante mantener una visión autocrítica para evitar caer en la despolitización de la cultura o la historia, pues debemos tomar en cuenta que las historias que contamos están atravesadas por relaciones políticas, sociales, culturales y de género que continúan siendo estructuralmente inequitativas, lo cual se puede cambiar cuando se abren vínculos con las personas que viven esta desigualdad y sus voces e historias se hacen presentes para que esto cambie.

Mientras más historias alberguemos, no solo tendremos más espacio para la diversidad, sino para la contradicción, la cual, en mi opinión, es necesaria para hacer frente a los peligros de la historia dominante y para oponerse a la colonización del pensamiento.

Como nos recuerda la escritora nigeriana Chimamanda Adichie, “Las historias importan, éstas tienen el poder de invisibilizar pueblos y culturas, pero también pueden empoderar y humanizar; las historias pueden quebrar la dignidad de un pueblo, pero también pueden reparar esa dignidad rota”. Las historias de las tejedoras merecen ser escuchadas y contadas, la gruesa tela que conforma el estudio del arte textil es, como muchas otras, creada por manos de mujer, y las tejedoras han sido las encargadas de confeccionar una narrativa que se continúa renovando, es preciso que mantengamos el oído atento y saber escuchar su voz.

FINANCIACIÓN

Ninguna.

CONFLICTO DE INTERÉS

Los autores declaran que no existe conflicto de intereses.

CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Conceptualización: Brenda Cecilia Ojinaga Zapata.

Curación de datos: Brenda Cecilia Ojinaga Zapata.

Análisis formal: Brenda Cecilia Ojinaga Zapata.

Investigación: Brenda Cecilia Ojinaga Zapata.

Metodología: Brenda Cecilia Ojinaga Zapata.

Administración del proyecto: Brenda Cecilia Ojinaga Zapata.

Redacción - borrador original: Brenda Cecilia Ojinaga Zapata.

Redacción - revisión y edición: Brenda Cecilia Ojinaga Zapata.